



200   **POLICIA**
1824 · 2024 **NACIONAL**

XXXIII PREMIO DE RELATO CORTO
GANADOR 2023

Juan Andrés Moya Montañez

CON HAMBRE
ATRASADA



Juan Andrés Moya Montañez
seudónimo **The Pale Monarch**

Comencé a escribir en torno a los trece años, cuando descubrí la ficción de la mano de algunos de los grandes clásicos de la literatura universal, tales como Goethe, Virginia Woolf, Edgar Allan Poe, Oscar Wilde, Víctor Hugo o Dante. Los primeros relatos iniciales, marcadamente breves, empezaron a extenderse hasta convertirse en historias de mayor envergadura y en novelas cortas. Llegó el momento de participar en certámenes de relato y poesía, y gané mis primeros concursos. Tal vez envalentonado por ello, comencé a trabajar en mi primera novela, «ISHQ – El Color de las Granadas», trabajo con el que conseguí uno de los dos premios del concurso «Vuela la Cometa», organizado por la editorial Arola Editors en el 2016. El premio consistió en la publicación de la novela, que contó con los auspicios del propio Luis Goytisolo. Tras ello, continué escribiendo relatos de distinto calibre (con los que, afortunadamente, he podido obtener resultados interesantes en gran cantidad de certámenes internacionales) y, en la actualidad, trabajo en la que habrá de ser mi tercera novela de cierta extensión, después de haber firmado un contrato de publicación para mi segunda novela.

Sinopsis

A pesar de esos diez años que ha dejado atrás, al inspector Casado le sigue dañando la tajadura insidiosa del fracaso de antaño. Aquel caso de la desaparición de un niño en una zona rural de la Comunidad de Madrid que no fue —¡qué tontería!— el de uno solo y al que se fueron sumando, uno tras otro, nuevos nombres, nuevas tragedias, nuevas heridas que nada, tampoco el tiempo, puede restañar. Hoy, tan culpable como antes, tan insomne también, regresa a esa cabaña maldita en lo alto de la montaña en busca de algo similar a un consuelo, pero quizá no consiga él, en su extravío irremediable, hallarlo. Acaso encuentre algo muy distinto.

«Con hambre atrasada» es la descripción descartada de esa pesadilla a la que no solo se regresa en el sueño, pues también en la vigilia —sobre todo en la vigilia— acude uno y con qué mala sangre la recuerda.

XXXIII PREMIO DE RELATO CORTO
GANADOR 2023

CON HAMBRE ATRASADA

Esta obra ha sido seleccionada como ganadora por el jurado del XXXIII premio de relato corto Policía Nacional, conformado por: José Manuel Pérez, Antonio Rodríguez, Javier de Pedro, Antonio José López-Alcahut, José Vidal, José Luis de Tomás, María Antonia Sanabria, Daniel Sánchez, Llanos Navarro, Francisco Jiménez, José Manuel Martínez, Concepción García y Miguel Garví.

.....

Edición:

Fundación Policía Española

Dirección:

Eulalia González Peña
María Jesús Llorente Vega

Autor:

Juan Andrés Moya Montañez

Diseño y maquetación:

Área de Publicaciones de la SGGT de la Policía Nacional:

Carmen Baz Crespo
Javier Benito Aguado
Joaquín Alcaide Fernández
Francisco Ginés Herrera Castro

Colaboración:

Antonio Bueno Tébar
José Alberto Marcilla Martínez
David Ruíz Cruz
Herminio Molina Abellán
José Belda Amores
Verónica Sánchez Morínigo

Impresión:

Monterreina Comunicación SL

ISBN: 978-84-09-59247-0

Depósito legal: M-6240-2024

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios para quienes reprodujeres, plagiar, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier otro medio, sin la preceptiva autorización.

.....



CON HAMBRE ATRASADA

Juan Andrés Moya Montañez

*Pues asorda al alma la negrura burda
que ata la piel tierna al hueso*

The Pale Monarch

Madrid, 1968

A miedo. A ese pavor que suda la carne y luego la destempla. A la caries que fragmenta en dos la muela y trasmina su pestilencia infecta fuera del cierre de la boca. A miedo, tal que el desgarrro que tatúa la piel y, así se pierda su rastro en apariencia, todavía más profunda la tajadura. ¿Cuántos años han pasado? ¿Nueve? ¿Quizá diez? Y todavía hieden las paredes, ¡malditas sean!, a ese terror descarnado que constriñe la garganta y amansa la lengua. Porque hoy, lo mismo que ayer, el habitáculo exhala y es su aliento el decaimiento que desnubre a la flor y luego la marchita.

A Casado le entibia la sangre al igual que hiciera aquella tarde, ya antigua, de 1958. Cruzar esa puerta carcomida y adentrarse en la sombra que no logra un sol furioso disipar, y creer a pies juntillas en la quimera que nutre la noche...: en eso consiste su recuerdo, todavía fresco cuando lo abandona la madrugada. Nada, qué desastre, ha cam-

biado en realidad. Se ha movido el tiempo de lugar y aún le magulla la misma negrura en el pasillo, su polvo ruin, sus crujidos.

Y pensar que habían estado tan sumamente cerca...

—A veces, lo que uno tiene justo delante es lo que menos se ve —le ha confesado a las manchas de orín en las esquinas y quizá ellas asientan, como aviniéndose. Él tiembla.

Contempla ahora ese camastro de hierro y se le clava en lo mullido de la cordura para domeñarlo todavía más. A su incisión se rinde... ¿Cómo pudieron ser tan torpes?, aún se pregunta. Podrían haber alargado un tanto la mano e, irguiendo apenas el índice, tal vez lo hubieran descubierta porque allí estaba, como una herida abierta, enrojecida y palpitante. A solo setenta kilómetros desde el centro mismo de Madrid, ¡qué ironía! Pero alzaban ellos los ojos hacia las lontananzas y avizoraban aquellos baldíos que azuleaba la distancia, ese poblado a las afueras, aquel desgraciado de nombre extranjero. A mirar lo inmediato se habían desacostumbrado. Y él, en su bigote denso y en su tiesura, abocado ya para siempre al fracaso. Así se desploma sobre uno la ruina y lo arrastra consigo barranco abajo. Así amanece, a tiriteras, el insomnio.

—Te estuvo bien empleado, por engreído —se fustiga ahora, mohíno, y escupe después sobre el suelo basto—. Era justo lo que te merecías.

Puede que el eco del cuartucho, en su verdín y en su herrumbre, así también lo crea.

Cuando desapareció el primer niño en enero —Pedro se llamaba—, con su cara de pan en el retrato y los restos de arena en las rodillas, asumieron ellos sin emoción alguna ese accidente infortunado. ¿No punteaban el bosque cien pozos ciegos, cubiertos de hojarasca, con los que se tropezaba un pie y cae a plomo todo un cuerpo? ¡Qué lástima ese despeñadero que desciende abrupto sin que nadie lo espere, y patina su cima la gravilla y al peso se hunde! ¡Qué malogrado...! «Así es la vida en el campo, hijos míos, así de perra», exclamaba lloroso aquel anciano en su boina

de pana y se tomó su palabra árida por el evangelio. «Para esta gente, las cosas son así. Un niño se pierde y no hay ya quien lo encuentre», aseveró el comisario, muy ceñudo, con su camisa impoluta y pendiente de otros asuntos. Pero exploraron cada zanja en el terreno, cada charca de agua estancada, cada chamizo podrido, aunque de Pedro nada se supo. «Tendrán, pues, ellos razón», aceptó Casado, «y al chaval se lo habrá tragado la tierra». Qué poco mal le presumía él entonces al mundo...

Porque no solo a la tierra mataba —¡qué tontería!— aviesa el hambre.

Se llevó la brisa ese aleteo de los meses en el calendario y se congratularon los oficiales, como el que ha evitado un contratiempo. «Tragedia rural: caso cerrado», y un nudo bien prieto sobre el archivo a puntadas cosido. ¡Con qué insistencia los instaba ya el deber camino de otra parte! Allá marchaban... Pero cuando, once meses después, fue la niña Isabel la que no regresara a casa —en sus trenzas castañas— al acabar las lecciones de mecanografía, hubo quien se intranquilizó. Lloraba la madre, desconsolada, y Casado le sujetaba una mano trémula y acaso él también llorara con tal de congraciarse. Los zapatos brillantes de Isabel, en una esquina del dormitorio, lo encaraban atentos y también lo avasallaban.

Sonó, días después, el teléfono único del cuartelillo —una voz muy adusta parloteaba del otro lado— e inició él la investigación con los labios prietos. «No te extrañes que haya sido alguien de la familia», le planteaba el cabo Ávila como el que revela un secreto. «Los de clase alta esconden cosas muy oscuras». Ellos argüían y sopesaban, entrevistaban a aquel cabrero, a la sirvienta, y luego les hostigaban los mismos árboles famélicos en el punto de partida. Y el mismo silencio. ¿Qué habría de conectar a Pedro e Isabel, pertenecientes los pequeños a mundos tan dispares? No alcanzaba Casado a elucubrarlo. Ella y su buena caligrafía, los dientes rectos, la sábana de lino; aquel y sus alpargatas zurcidas, la bolsa de estopa en la covacha, un perro sucio y medio cojo... Ni la hora ni las costumbres ni el entorno. El agente se desesperaba. «¡¿Qué cojones tienen en común?!».

—Tal vez solo la carne atada al hueso... —se contesta hoy con un visaje de alambre.

Vigila con los ojos hinchados esas fisuras en la pared que quiebran en cauces la mampostería. ¿Cuántos no las habrán seguido posando la yema de un dedo sobre la cicatriz y anhelando arribar, tras recorrerlas, a un lugar muy distinto? Si arrimara él el oído hasta la fractura exacta en la que concluyen, ¿no le ensordecían, por abundantes, los suspiros, todavía más estridentes ahora que suenan en otra parte? Con las ojeras violáceas y ese cigarrillo que arde, el hombre se estremece.

—Si hubieran sido solo Pedro e Isabel —se lamenta—. Que el Señor me perdone, pero si hubiera sido solo ellos dos, igual aún podría dormir yo por las noches...

Pero no duerme.

Porque hubo una tercera desaparición: la de Francisca, en su semblante impropia mente serio, en esa mirada de quien mucho ha alargado una mano y muchas veces se la han mordido. Así se esfuerce ahora, no logra Casado recordar su segundo nombre. Y, tras ella, fue el turno de Manolito, fuerte él como un mulo de carga, de una aspereza desolladora con apenas ocho años. En nada se asemejaba aquel a Carmen, esa madre doliente —viuda desde los veintidós años— de una palidez siempre enfermiza. La escuchaba hipar Casado, le acercaba luego un pañuelo, respiraba el aire de aquella cocina que olía a café de recuelo y a ausencias. «Mantente un poco más lejos», le recomendaba el cabo Ávila, «que la gente le da pronto a la lengua». Que le dieran... Acudía él con las mismas preguntas, recogía los idénticos desconsuelos; se miraban... «Lo encontraremos, como que me llamo Nicolás», le prometía; «te traeré al niño de vuelta». Y acaso sonriera ella, apoyada en el pretil de la ventana, bajo la luz tierna de mayo. Para cuando quiso él percatarse, sin que nada supiera nadie, dormían ya bajo el mismo techo; ella, quizá un ápice menos sola; él, más inclinado a seguir prometiendo.

Pasaron los meses, los años, y Manuel no regresaba. Tampoco Isabel. Ni Pedro. Ni la gravedad tensa de Francisca.

Esa congoja inicial de Carmen pronto se vistió de reproche, y terminó la boca cerrada del niño en la fotografía, lo mismo que una sutura, por pesar en exceso. «Antes o después, tenía que hacerlo», replicó Ávila, encogiéndose de hombros. Casado suspiraba. Así, llegado el día, no hizo falta decir ya nada. Tomó él aquel abrigo que pendía de la percha, guardó unos billetes en el cajón de la cómoda y anduvo callado en pos de la puerta. Ella sollozaba quedamente, sentada en una silla de anea. El atardecer brusco de noviembre le amarilleó las mejillas y también lo humilló.

—Algunas cosas están condenadas al fracaso. —Y pateo un clavo oxidado que sobresale por entre la mugre. ¿A qué —¿a quién?— le pertenecería?

Durante diez largos años, esa retahíla aborrecida engordó con nuevos nombres, con caras nuevas. La amplió Albertito, y sus orejas de soplillo; al igual que Pilar, que con tanta destreza dibujaba; lo mismo que Pablo, el pelirrojo. Y después Andrés, Genoveva, Mariana... Uno tras otro y cada cual más aciago. Fueron pronto dieciséis; dieciséis, que se supiera... La letanía que no terminaba desvelaba a Casado en la noche y a sal le escocía, y era como esa cisura que todavía palpita porque, en el fondo, nunca se restaña. «¿Hasta cuándo?», se preguntaba él y temblaba. «¿Qué tengo que hacer para concluirlo?».

—Como si hubieras podido hacer tú algo... —tal que un lamento.

Las autoridades en la capital no cejaban en su empeño: contrastaban perfiles y enumeraban pruebas; proponían hipótesis y se aferraban al más mínimo indicio, pero de qué poco les servía... Entre las gentes del lugar, a pesar de abril, se hacía cada vez más cruento el otoño. La prensa, de habitual equidistante, los cercaba ya como una jauría de perros hambrientos. «¿Qué está haciendo la Brigada de Investigación Criminal?», exigían saber, aspaventeros. «¿Por qué no se ocupa de esto la Guardia Civil? Ellos ya lo habrían resuelto». Y Casado, aún más enjuto, todavía más despierto en la madrugada, más arisco. «¿Es que no son dieciséis niños suficientes?!», le arrojó una madre enluta-

da una tarde de septiembre. Él, evaluando el negror de su pechera, calló.

—Porque no, no lo eran —murmura ahora bajo el dintel de la puerta, y se duele—.

Ni siquiera mil lo habrían sido.

Una mañana temprana de agosto —hervía el sol en lo alto del mundo con el único afán de calcinarlo—, con ellos ya extenuados, emergió una voz desde el otro lado del teléfono y dijo:

—Hay una vieja muy rara cerca de la cumbre de La Maliciosa —descollaban las palabras con un acento criminal—. Dicen algunos que vive en una casa de labriego, tirando pa' la cima desde el ventisquero de la Condesa. Al pueblo no baja, no, señor; pero la conocen todos de oídas. Se comenta que es una bruja o un fantasma. Yo la había visto algún que otro día vagando por el bosque, ella sola, como murmurando o cantando. Adónde va, esa ya no sé decirles. Pero hace no mucho tiempo me la encontré subiendo por el prado, allá a lo lejos, y me quedé extrañado. —Hubo una pausa, un carraspeo—. Estaba lloviendo y había mucha niebla, pero sola no iba, no, y me pareció a mí — figúrense ustedes— que llevaba de la mano a un niño...

Casado examinó a sus compañeros con los ojos como dos brasas. Ávila torcía el gesto, él incómodo. Pérez mascullaba algo para sus solas. «Será una cabrera que vive allá por la cima y la gente se inventa historias», propuso después, apurando el cigarrillo. «No las vais a tener en cuenta, ¿no?». A través de la ventana del cuartelillo, se filtraba un filo de luz tal que una daga que cercena y mata. Fue su agudeza, aquella mañana, lo mismo que un canto de guerra. Tres horas después, ya percutían los motores de dos coches patrulla a las faldas del cerro, con seis agentes en su interior. Con qué malicia los vilipendiaba la escarpadura... Ascendieron ellos a trompicones por una senda forestal que desembocaba en una vereda, con las manos espinadas y sin resuello. Pérez, a mitad de camino, desistió, desmorecido. «¡¿Quién va a vivir aquí arriba?!», protestaba Ávila. Casado se mordía los carrillos, con la espalda empapada en un sudor frío. «Nadie...».

Debajo de un saliente rocoso, como una garfa malsana, hallaron la casa. Ya en la distancia les acedaba la boca. Colgaba la puerta de uno de los goznes y el viento, a capricho, la vapuleaba. Habían tapiado con maderos cada una de las ventanas. Entraron los agentes en silencio, azorados. Una sarta de alimañas muertas decoraba el umbral: punteaban los huesos blancos el suelo de greda. Casado, empalidecido, no respiraba. «¿Quién coño va a vivir aquí?», mascullaba Ávila con la cara desencajada. Un grajo en la rama de un árbol graznó y acaso fuera esa su respuesta. «Esto está vacío», terciaba un agente joven, con la cara picada de viruela. «Hemos subido para nada...». Pero Casado comenzó la inspección, él terco, y los demás lo siguieron. Pasillos lúgubres cubiertos de moho; cochambre en un dormitorio; una cocina vacía, salvo por una alacena repleta de carne podrida. A sus pies, un candil. Nada más. Los hombres lo encaraban como el que mira a un abedul que, sin crujir, de repente se parte.

Cuando marchaban ya cabizbajos hacia ese brochazo de claridad que dimanaba de fuera, algo tal que un gemido los detuvo. Procedía de la cocina. Cruzó Casado el dintel y atendió; los otros parpadeaban, ya exhaustos. Contuvo él el aliento, aguzó la comprensión y... ¡sí, ahí estaba, de nuevo ese crujido ronco, como el de un animalillo enfermo! «Será un zorro, ¡vámonos!», pero Casado los ignoraba. Anduvo hasta la alacena y aguardó. Desde detrás de ella —¿cómo era posible?— parecía provenir. Valiéndose de piernas y manos, el hombre apartó el mueble. Luego, desconcertado, boqueó. Una cavidad grotesca al igual que una mella los conducía hasta su hondura. La perfumaba un hedor insoportable. «Encended el candil» fue la orden y aquellos suspiraron.

Con los labios muy pálidos, Casado se adentró en la oscuridad. Se le ahormaba la tierra húmeda a los zapatos. Reprimía con una mano la náusea. Recorridos unos metros, se topó con una puerta casi en astillas. Apenas tocándola, ella sola se abrió, y entonces el mundo —él tan girante— sobre su propio eje se detuvo. De quedarle a Casado una sangre en las venas, allí mismo se le esfumó.

El niño pestañeaba con el rielar de la llama en las pupilas, cubierto de inmundicia e hinchado como un gorrino. Se adujaba en un rincón sobre sus propios orines. A su lado,

un camastro negruzco repleto de cuencos vacíos, platos, fuentes sin concierto alguno. Y una jarra de latón con un líquido pestilente. Cuando alzó él una mano regordeta para protegerse de la luminiscencia, brilló malsana la impresión del mordisco en la carne fresca. «Santo Dios», en la voz quebrada de Casado. El pequeño lo examinaba como si no pudiera entenderlo.

Dictaminaron los forenses que se trataba, en efecto, de Gonzalo Bermejo, de doce años, desaparecido seis meses atrás en la aldea de Mataelpino; pero qué poco parecido guardaba con aquel pómulo prominente y aquellos brazos enflaquecidos... Padecía ahora diabetes, insuficiencia renal, úlceras estomacales y colesterol. Le faltaban, además, todas las muelas. Cuando entraron los padres en la habitación del hospital, hubieron de ocupar inmediatamente un asiento porque no lograban reconocerlo: había engordado él, en apenas veintiséis semanas, treinta y ocho kilos.

—¿Cómo lo iban a reconocer? —masculla ahora Casado, escudriñando el mismo rincón, todavía infecto, en el que lo encontrara. Ha vuelto a encender otro cigarrillo.

Días después, consiguieron el permiso para interrogarlo, pero el niño nada decía. Se ocultaba detrás de las faldas de su madre y cerraba a tumbas la boca. «¿De qué tienes miedo? ¿De quién?», le inquirían. «¿No ves que ya nadie puede hacerte daño?». Pero él perseguía esa brisa que aventaba ligeramente la cortina y temblaba. Luego, si persistían, lloriqueaba con un llanto cansino y, de puro agotado, sobre el mismo suelo se arrebujaba.

Junto a un grupo de voluntarios exploraron las tierras que circundaban la cabaña, y reveló entonces la broza la escabrosidad de la que se nutría. Porque aquellos huesos de alimañas que timbraban el umbral no eran —¡qué disparate!— solo de alimañas. A medio metro de la superficie encontraron los restos óseos de docenas de niños, desde bebés de algunos meses hasta adolescentes ya tardíos. Portaban los fémures y los cúbitos la rayadura exacta de las dentelladas. «No son dientes de animal», concluyeron los antropólogos, «son dientes de algo distinto». Casado atisbaba los esqueletos, las ropas en jirones, aquel anillo en una

falange..., y rememoraba los rostros de Isabel, de Pedro, de la austera Francisca. Aquella pelvis polvorienta acaso perteneciera a Manolito.

De la habitante de la choza, en cambio, nada descubrieron. Ni la rúbrica de un nombre ni la cara en un retrato. Siquiera una huella desvaída en el asidero de la puerta. Tal vez, como aseguraban los lugareños, se tratara de un fantasma...

—Que el diablo mismo se la lleve —escupe Casado con una dureza en los párpados—. Que en el infierno se retuerza.

¿Y qué diantres hace aquí?, puede que él mismo se pregunte. ¿Qué lo ha convocado? Quizá esa pesadilla recurrente de las últimas semanas en las que vislumbra la cabaña y le lacera el frío. En sueños, remueve él la tierra y encuentra el cuerpo todavía tierno de aquella Carmen a la que aún recuerda, a cuya mirada no se atreve a asomarse. «¿Se habrá enterado ella?», vacila y fuma. «Se habrá enterado...». Contempla el camastro, con los cuencos todavía encima, y le debilita una hondura en el estómago. «Tienes que dejar este sitio atrás y continuar adelante», se aconseja, pero con qué poco convencimiento. Observa las grietas en la pared y las repudia.

—Deberíamos haberle prendido fuego a la casa... —Y ya enfila el socavón que lleva fuera del habitáculo.

Pero entonces... se detiene. Algo, tal que una garra de hielo, le constriñe la garganta; algo soez y viejo, algo rastrero. La luz parda del exterior titila y se ofusca, y se hace irremediablemente de noche. Él desea abrir la boca, pero una fiereza descomunal se lo impide. Le duele —¿cómo es posible?— el interior de los huesos.

La sombra que lo atraganta huele a flor mustia y a tierra. Apesta, también, a carne podrida.

—¿Tienes hambre? —le susurra una voz de herrumbre al oído.

Y en el umbral graznan a barruntos los cuervos. Pronto tendrán ellos también su alimento.

CONVOCATORIA DEL
XXXIII
CERTAMEN LITERARIO

PREMIO DE
RELATO CORTO
POLICÍA NACIONAL



DOTADO CON UN PREMIO DE
3 000 €
DIPLOMA ACREDITATIVO
Y ESTATUILLA



Más información sobre las bases que regulan el certamen en la web de la Fundación Policía Española FUNDACIONPOLICIAESPAÑOLA.ES

CON HAMBRE
ATRASADA

200

1824 · 2024

POLICIA NACIONAL

